

1

Según Carlos Perro, la primera vez que se atrevió a pisar el camino de asfalto apareció una camioneta negra y tronadora. Nunca antes había visto un automóvil. Su mundo era un basural al lado del camino, junto a una acequia seca y maloliente frente a los viñedos y las parcelas de Peñalolén, al oriente, donde acaba la ciudad. No conocía nada más que eso. Su casa, esos primeros días de su vida, era las paredes de una caja de cartón. Desde allí veía, a lo lejos como en los sueños, suspendidos en el horizonte, los edificios de la ciudad de Santiago de Chile. Pero en esos días Carlos Perro no sabía que existía la ciudad de Santiago,

7

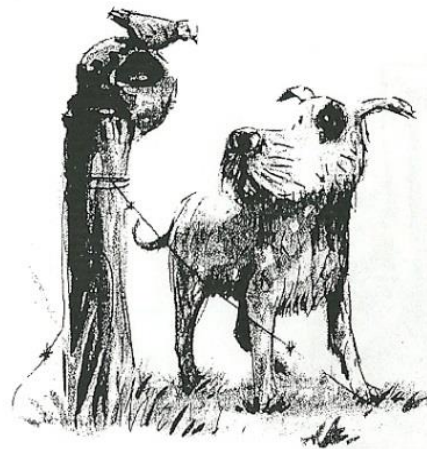
ANAYA

SOPA DE LIBROS

Sergio Gómez

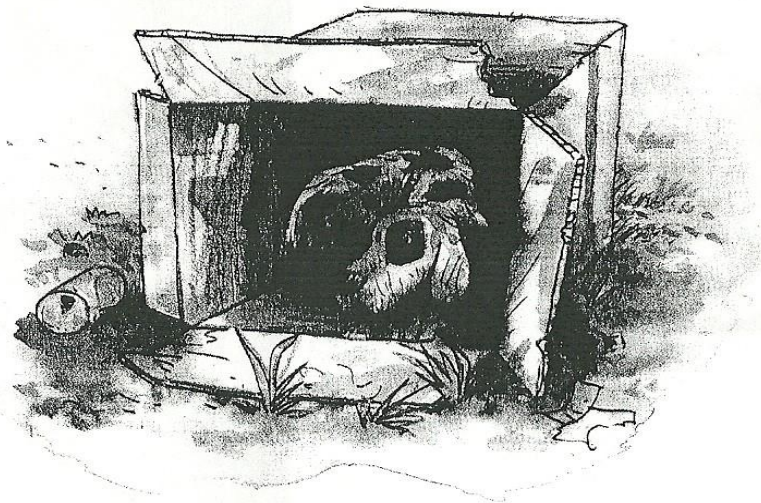
La verdad según Carlos Perro

Ilustraciones
de Agustín Comotto



ni siquiera sabía lo que significaba la palabra «ciudad». Creía que el mundo era lo que le rodeaba: un camino vecinal pavimentado, un basural y su caja de cartón.

Según Carlos Perro, la primera vez que vio pasar esa camioneta negra por el camino, le pareció la peor de las pesadillas. Mientras dormía miedoso y friolento soñaba en su caja de cartón, sin imaginarse lo que ocurría más allá.



Las primeras semanas almorzó lo que encontró olfateando los desperdicios al lado del camino, preocupado de no tropezarse con la camioneta negra. Después de comer basura el estómago le crecía como un melón.

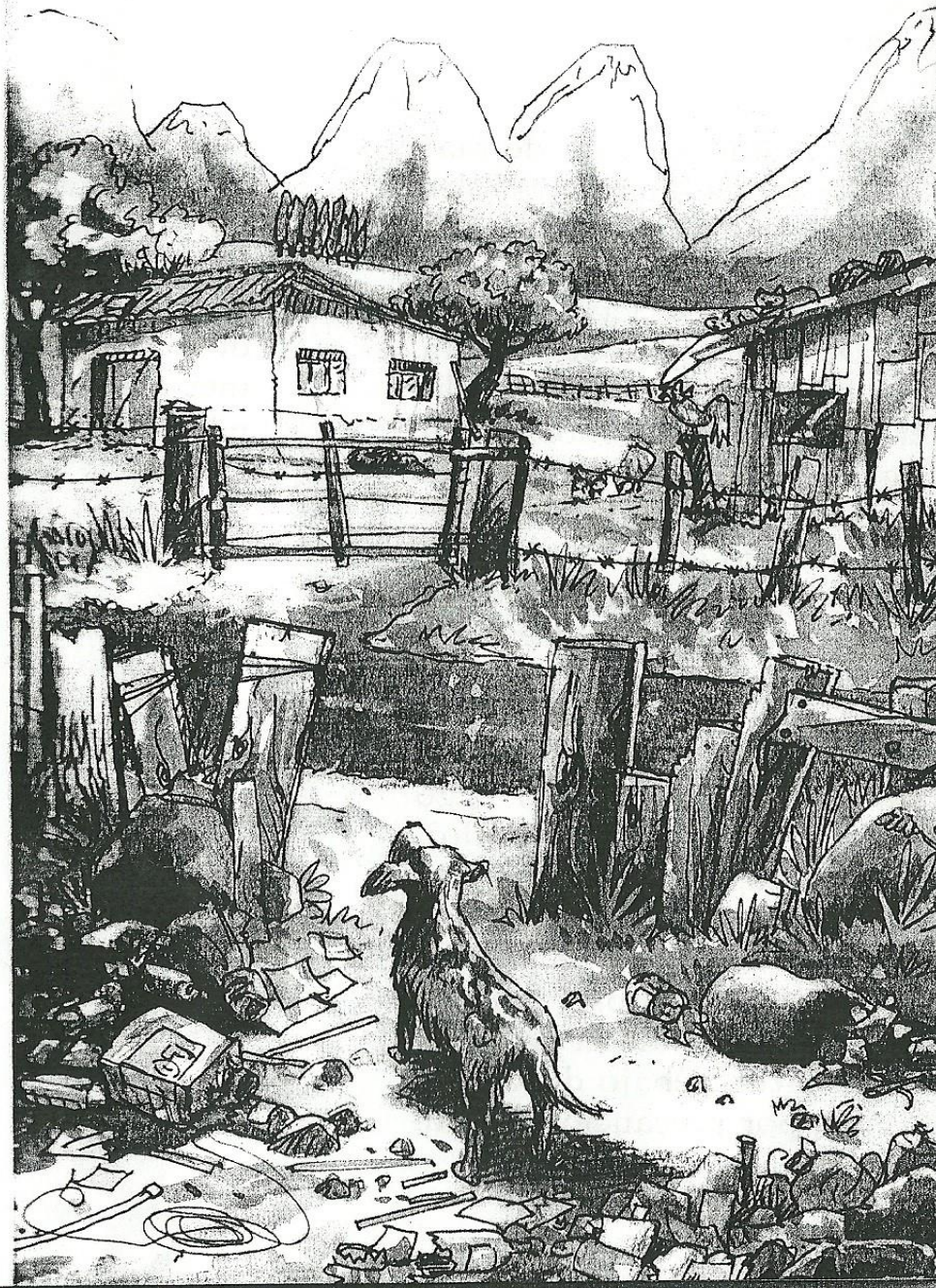
Por las noches se preguntaba quién era y por qué sufría sin razón viviendo abandonado, rodeado de ratones que lo molestaban. Ninguna de esas preguntas podía responderla y se consolaba jugando a morderse la cola pintosa que le colgaba del trasero.

Durante las noches todo era diferente, volvían el miedo y la angustia, escondido en su caja de cartón, amenazado por las ratas, asustado por los gritos lejanos y los ladridos en la oscuridad. Lloraba bajito, solo para escucharse y sentirse acompañado, así se desvelaba hasta que el sol volvía a aparecer al día siguiente.

Una mañana decidió cambiar la vida que llevaba y tomó la más trascendental de las decisiones hasta ese momento: explorar más allá de su caja de cartón, más

allá de la acequia y del camino, sobre los cercos de quilas* y basuras. Después de meditar una hora se atrevió a seguir entre los juncales, enredaderas, ramas, pircas* de piedras y alambres de púa. Caminó sin ver nada por una senda que él mismo abrió con dificultad. Escarbó entre la maleza, hasta que el paisaje de pronto volvió a extenderse ancho ante sus ojos sobre las parcelas. Lo primero que se encontró en el fondo fue la cordillera de los Andes, más grande que los edificios del otro lado, más grande que cualquier cosa que él viera hasta ese momento. La montaña era gigante, seca, marrón, con escasas manchas blancas terminando el verano. Por unos minutos miró impresionado, con el hocico muy abierto y colgando su lengua rosada, sin decidirse a seguir o retroceder. Pensó en lo equivocado que estaba al creer que el mundo era apenas una caja de cartón y un basural.

Frente a sus ojos también apareció, adelante y más cerca, una parcela en un



14 Según Carlos Perro, al día siguiente tenía tanta hambre y curiosidad que le dolía el estómago y la cabeza. Desde su hoja gigante, al final del patio, vigilaba la casa de madera. A veces Feliciano ladraba en la dirección en que él se encontraba, pero eran ladridos sin ganas, aburridos, simplemente para hacerle saber que era el perro de la parcela. Carlos Perro, como era pequeño y tímido, permaneció escondido, jugando con las hormigas, preguntándose si sería posible comerlas, de tanta hambre que tenía.

Al mediodía, el sol apareció brillante entre los árboles. Feliciano bostezó y se fue a dormir la siesta debajo de la som-

bra de un cerezo esmirriado detrás de la leñera.

Según Carlos Perro, su curiosidad pudo más. Se acercó orillando* los rastros de lechugas. Se detenía cada tres pasos mirando al frente, atento a Feliciano. El patio de la casa era amplio, con un gallinero muy bien organizado en su interior, con patos y gallinas aburridos del encierro. Encima del techo de la casa, dos gatos plomos lo miraron con indiferencia disfrutando del calor del sol. Se acercó hasta el plato de comida de los gatos, pero cuando trató de probar, uno de ellos bajó del techo y se erizó furioso, echando las orejas hacia atrás. Carlos Perro se apartó, no quería problemas con nadie, solo comer antes de desmayarse. Lo intentó entonces probando el plato de los gansos que jugaban en un charco de barro, pero la comida era pésima, intragable y seca. No tenía otra opción, la más peligrosa de todas. Se acercó lentamente hasta el plato de Feliciano, vigilándolo mientras dormía debajo del cerezo.

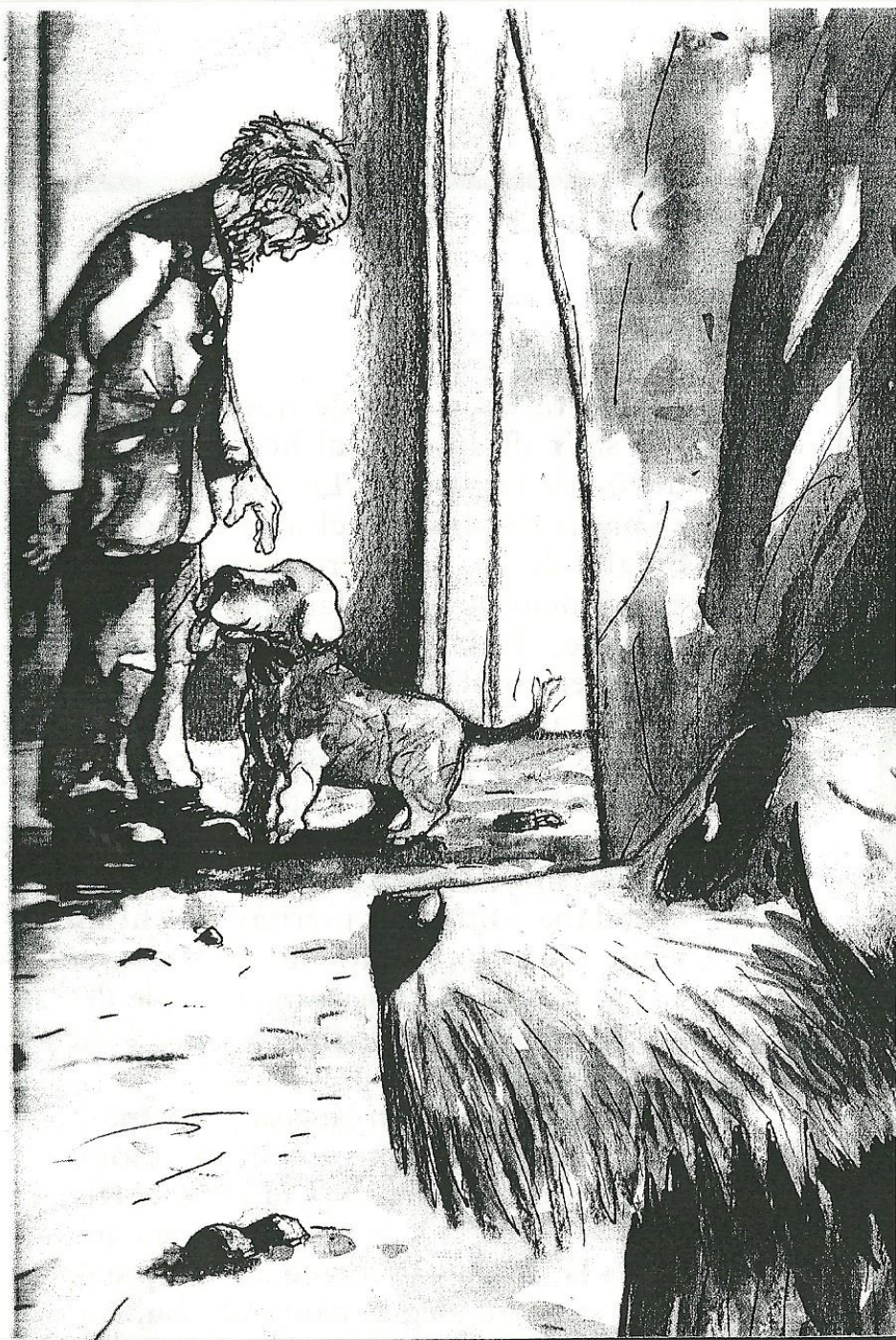


Logró masticar un hueso sin forma pero jugoso que lo devolvió otra vez a la vida. Probó el resto del guiso grasoso, calentado bajo el sol. Nunca antes había comido algo tan bueno y su estómago se lo agradeció roncando y doblándose de gusto. Pero la felicidad no le duró. Las gallinas se despertaron y lo acusaron aleteando ruidosas. Con el alboroto, Feliciano se despertó, olfateó en el aire a un extraño cerca

de su plato y corrió persiguiéndolo. Carlos Perro otra vez huyó desesperado, corriendo con todas sus fuerzas y dando aullidos de miedo. Feliciano era un perro viejo y no le dio alcance. También descubrió que, además de viejo, Feliciano estaba ciego, por eso se movía tan perezosamente, sin ganas, vivía enfurecido y de mal genio por causa de su ceguera.

Al atardecer, Carlos Perro decidió permanecer en la parcela e intentarlo de nuevo. Buscó un rincón limpio y protector debajo de los restos oxidados de un automóvil abandonado, muy cerca de su hoja gigante en el fondo del patio. Desde allí podía ver todo lo que ocurría en la casa, el gallinero y vigilar los movimientos de Feliciano. No volvería al otro lado del camino, no volvería al basural de la acequia ni a las ratas, ni a su caja de cartón donde alguna vez lo abandonaron.

Según Carlos Perro, permaneció algunos días escondido bajo su hoja gigante, sin molestar a nadie, espiando la parcela con los ojos bien abiertos y asaltando el plato de Feliciano cuando este dormía la siesta. Pero la mayor parte del día se quedaba escondido debajo de su hoja o entre los hierros del automóvil abandonado que utilizaba como dormitorio. Cuando sentía nostalgia, corría desesperado por entre los arbustos y contemplaba, desde arriba de una pirca, el otro lado del camino y el basural de la acequia. Miraba desde la distancia su caja de cartón, reseca y doblada bajo el sol del verano.



Una tarde, antes de que oscureciera, vio salir de la casa al hombre viejo, el dueño de la parcela. Lo vio pasearse por el patio respirando el aire oloroso que bajaba de la cordillera mezclado con el aire rancio de la ciudad que subía desde el valle. Todas las tardes, a la misma hora, el hombre viejo repetía sus lentos paseos alrededor de la casa hasta el portón de la entrada. Feliciano, cuando lo escuchaba en la puerta, parecía revivir de su cansancio y vejez, movía la cola con entusiasmo, daba vueltas alrededor y se enredaba entre las piernas del hombre viejo que, a cambio, le regalaba unos golpecitos en la cabeza mientras le decía:

«Los dos estamos muy viejos, Feliciano, por eso nos parecemos».

Luego entraba en la casa y no aparecía hasta el día siguiente a la misma hora.

En la casa trabajaba la señora Rivas. Carlos Perro la veía llegar por el camino todas las mañanas con su abrigo y su cartera, siempre alegre, cantando bulliciosa. La señora Rivas preparaba la comida en

la casa, barría y lavaba. A mediodía repartía la comida en el gallinero, en el plato de Feliciano y en el de los gatos. Por la tarde, después del paseo del hombre viejo, la señora Rivas se iba por el camino, con su abrigo y su cartera, cantando canciones religiosas para practicar, porque pertenecía al coro de una iglesia en Peñalolén.

Una de esas tardes ocurrió un curioso y trascendental hecho para Carlos Perro. Vio salir al hombre viejo a su paseo diario. Comprobó que Feliciano se encontraba distraído explorando el ruido que provocaba un zorzal sobre el alambre del cerco. Entonces se dejó llevar, se acercó tímidamente entre la maleza, dando pasitos temerosos y vacilantes. Algo le decía que el hombre viejo no le haría daño ni lo perseguiría. Llevaba el hocico muy cerca del suelo y su panza enferma de tanto comer basura y tierra. El hombre viejo lo vio aparecer con sus manchas blancas y pardas sobre el lomo. Cuando estuvo muy cerca no se atrevió a levantar

la cabeza. Sin poder controlarse comenzó a temblar y se arrugó hasta parecer insignificante, como una piedra pequeña. El hombre viejo sonrió y le preguntó:

«¿De dónde saliste tú?»

Por supuesto, Carlos Perro no le contestó, y con el miedo al escuchar la voz evacuó un chorrillo que quedó en el suelo bajo sus patas. El hombre viejo lo observó y movió la cabeza. Entonces, según Carlos Perro, sin poder contenerse y sin siquiera planearlo, agitó por primera vez su cola tal como lo había visto hacer a Feliciano. Luego cerró los ojos y esperó con miedo y expectación. El hombre viejo lo apuntó con un dedo y le dijo riendo:

«A un perro abandonado como tú solo se le puede llamar Carlos».

Desde ese día Carlos Perro supo que su nombre era Carlos y su apellido Perro.

4

Según Carlos Perro, al día siguiente y a la misma hora, esperó al hombre viejo. Cuando apareció en la puerta de la casa, corrió desesperado y alegre a su encuentro, soltando su cola como una bandera para repetir su actuación del día anterior. En su entusiasmo, esta vez se olvidó por completo de Feliciano, quien lo olfateó y lo persiguió sin consideraciones. La persecución hizo reír al hombre viejo. También a la señora Rivas, que salió a la puerta al oír el alboroto. También se despertaron las gallinas y los gatos que estaban sobre el techo de la casa. Carlos Perro, seguido por Feliciano, corrió desesperado rodeando el gallinero. La carrera duró hasta que

en una vuelta el perro viejo le atrapó la oreja. El dolor fue horrible y la oreja ensangrentada se le cayó encima de los ojos. Nunca antes había sentido tanto dolor. Lloró y aulló sinceramente, con todas sus ganas, mientras sus patas aceleraban sobre la maleza. Logró huir y se escondió debajo de las zarzamoras y de las cañas de cicuta y toronjil.

24

A pesar del mordisco traidor de Feliciano, desde ese día las cosas mejoraron para él en la parcela. Al siguiente mediodía, la señora Rivas salió de la cocina y se acercó a pocos metros antes de la hoja gigante, mientras él la miraba agazapado. Dejó en el suelo un plato de latón lleno de sancochado* de carne y puré. Carlos Perro no podía creerlo. Cuando la señora Rivas se alejó, se acercó al plato después de varios minutos de vacilación y dudas. La comida olía deliciosa. Definitivamente se atrevió. Se sentó en sus patas y empezó a comer. Era lo mejor que había probado en toda su corta vida. Su hocico, los bigotes, incluso su oreja herida se

mancharon con el guiso. Después de comer se sintió mareado, estaba tan feliz y satisfecho que durmió dos horas seguidas a pesar de que el sol quemaba.



Desde ese día obtuvo Carlos Perro su plato de comida. La señora Rivas lo dejaba lejos del alcance de Feliciano o de los gatos, al inicio de la maleza, junto a los restos del automóvil oxidado. Tampoco Feliciano o los otros animales volvieron a molestarlo. Carlos Perro se paseaba sin problemas, pero sin acercarse demasiado a la casa.

Algunas tardes, durante sus paseos, el hombre viejo, que parecía cada vez más lento y enfermo, se encontraba con Carlos Perro y le decía.

«Todavía andas por aquí, Carlos Perro».

Se reía cansadamente y tosía. Carlos Perro aprovechaba entonces para ejercitar su cola, moviéndola tan rápido como la hélice de un avión.

En la parcela se acostumbraron a la presencia de Carlos Perro. Los gansos no le estiraban el cuello y Feliciano, dependiendo del estado de ánimo en que se encontrara, olfateaba el aire y seguía durmiendo indiferente.

5

Según Carlos Perro, en la parcela del hombre viejo su vida poco a poco mejoró, se acomodó a sus propias expectativas, que no eran muchas. Podía haber seguido de esta forma eternamente si no hubiera ocurrido algo excepcional.

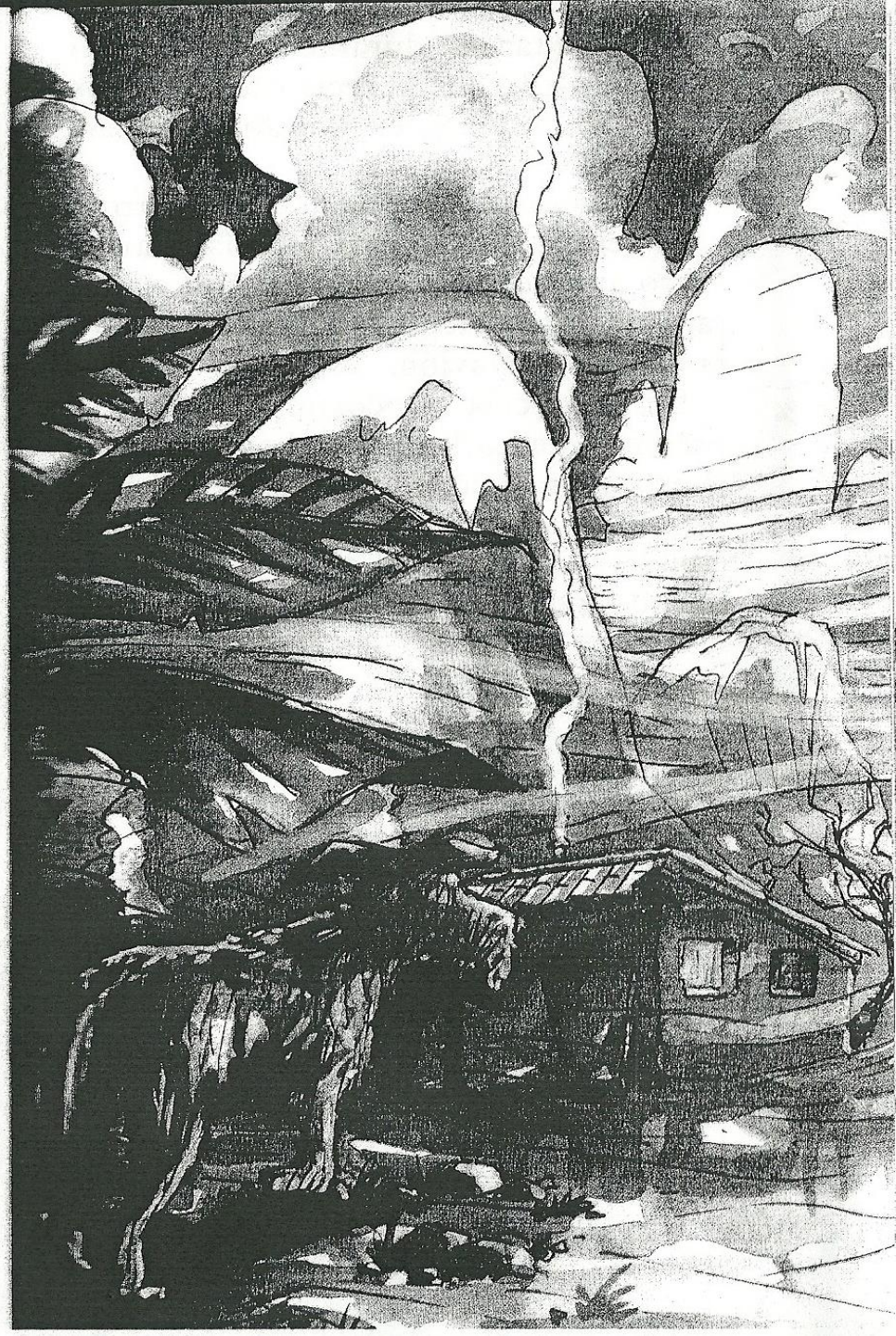
En la mitad del mes de abril el viento frío de la cordillera se arremolinó, permaneció más tiempo a los pies de la cordillera de Los Andes, entrando al valle con un chiflón* helado. Así el sol del verano, fuerte e implacable, se fue deshaciendo y enfriando. Por las noches, después de oscurecer, el frío apretaba todos los rincones de la parcela, entonces nada servía para protegerse, ni la hoja gigante

ni los hierros oxidados del auto ruinoso. A Carlos Perro la helada se le hundía en su pellejo delgado y lo hacía tiritar, los huesos le crujían como piedras frotadas. Las noches se le hacían insoportables. Solo se alegraba cuando por las mañanas el sol volvía a aparecer detrás de las montañas. Cada día la situación empeoraba. En cambio, Feliciano se protegía en su propia casa de madera al lado de la leñera. Muchas veces Carlos Perro pensó en acercarse y pedir refugio, pero entonces se acordaba de su oreja quebrada y prefería seguir tiritando entre la maleza, debajo de las zarzas.

Una vez, cuando la señora Rivas repartía granos entre las aves del corral, un viento helado y traicionero bajó rápidamente por la quebrada* y le agitó el peinado, entonces ella dijo:

«Viene peor que nunca este invierno».

La siguiente mañana, Carlos Perro despertó con todos los músculos tensos por el frío. Decidió correr hasta el portón para entrar en calor, pero no alcanzó



a dar ni un paso porque lo detuvo la vista de la cordillera completamente nevada. El paisaje le impresionó hasta provocarle picazón en los ojos.

Los gatos fueron los primeros que bajaron del techo y entraron, sin preguntarle a nadie, a la casa del hombre viejo. Feliciano se veía conforme en su casa pequeña pero protectora. Las gallinas y los gansos se acomodaron en el gallinero apretados unos con otros.

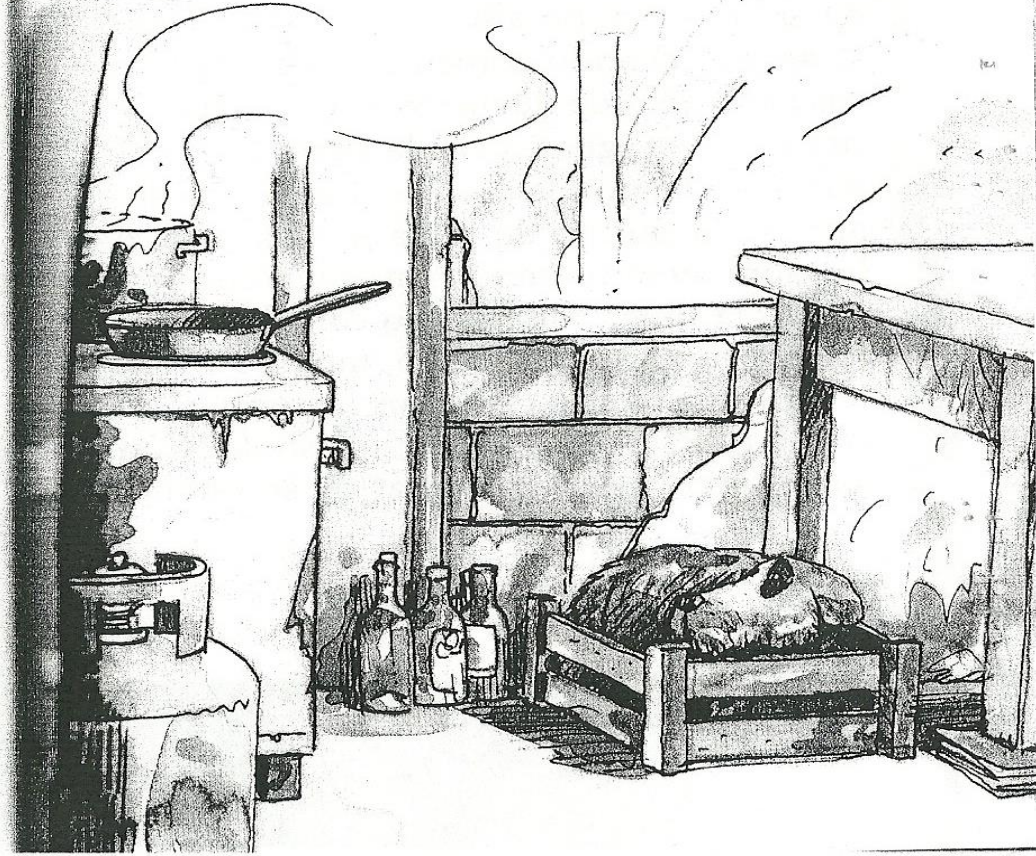
Carlos Perro, durante la noche, tembló de frío y lloró. Sabía que no podría quedarse más tiempo allí o se moriría. Todo se agravó cuando comenzaron los primeros goterones de lluvia. Su hoja gigante le sirvió de paraguas, pero la tierra bajo sus patas se llenó de barro. Entonces vio abrirse la puerta de la casa, apareció el hombre viejo fumando un cigarrillo, mirando la lluvia y haciendo cálculos mentales. Miró a Carlos Perro, mojado y triste al fondo del patio, con las orejas, la cola y todo el pelo caído y aplastado. Con sus últimas fuerzas, a pesar de su estado,

movió su cola para saludar en la distancia. El hombre viejo se rascó la barba y después de un momento de dudas le hizo un gesto invitándolo a entrar a la casa. Carlos Perro avanzó con la cabeza entre las patas, tiritando, con la cola empapada.

Según Carlos Perro, el invierno llegó a las parcelas de Peñalolén y con ello llegaron los mejores y más tranquilos días de su vida, que después recordaría con tanta nostalgia. La señora Rivas lo instaló dentro de un cajón con un chaleco de lana que nadie usaba, en el rincón más tibio de la cocina. Recibía el calor de las ollas y el exquisito aroma de los sancochados. Afuera, en cambio, llovía sin detenerse.

Carlos Perro se paseaba sin problemas por toda la casa o se echaba a los pies del hombre viejo. Su plato siempre estaba lleno y en un mes engordó. Se sentía satisfecho y feliz. El hombre viejo pasaba todo el día leyendo o mirando en silencio

por la ventana. El hombre viejo no era como la señora Rivas: hablaba poco y cuando lo hacía su voz era lenta, cansada y triste. Se dormía temprano y a veces Carlos Perro lo acompañaba debajo de la cama. Con frecuencia el hombre viejo se



enfermaba y permanecía acostado, aceptando en silencio los cuidados de la señora Rivas y sus remedios de cedrón*, matico* y menta que le preparaba con agua caliente y vaporosa.

Mientras caía la lluvia sobre el techo, Carlos Perro se quedaba quieto, con la cabeza entre las patas, escuchando llover. La señora Rivas se movía por la cocina hablando sin parar, de esa forma él conoció mucho de lo que ocurría en la ciudad, abajo de las parcelas de Peñalolén.

34 Cuando se despejaba el cielo, Carlos Perro salía al patio y jugaba persiguiendo a los gatos, que eran más veloces y astutos que él. Con Feliciano no se podía contar para nada porque el invierno definitivamente le quitó todas las ganas de comer o moverse, incluso cuando lo olfateaba ni siquiera ladraba, solo le gruñía perezosamente. Quería que todos lo dejaran tranquilo, estaba viejo y achacoso, y prefería estar solo. Cuando el hombre viejo salía a dar un paseo alrededor de la casa, Feliciano hacía un esfuerzo e inten-

taba complacerlo moviendo la cola y estirando hacia adelante el hocico. Pero después el hombre viejo dejó esos paseos y no volvió a salir de la casa.

La última tarde de Feliciano fue al terminar el invierno, cuando la maleza y los pastos comenzaron a recuperarse y el barro a endurecerse. Feliciano caminó lentamente por el patio, extraviado, sin reconocer dónde estaba. No comió de su plato y prefirió echarse, al final de la tarde, en la leñera, entre las astillas olorosas. Olfateaba en dirección a la cordillera, desde donde bajaban los primeros aromas de la primavera resbalándose por las laderas. Así se durmió, con el hocico entre sus patas, y no despertó nunca más.

35 Al día siguiente, Carlos Perro vio salir al hombre viejo de la casa, se acercó a la leñera y cargó a Feliciano envuelto en un saco. En el límite del patio, bajo el cerco, cavó en la tierra con una pala, y enterró al perro viejo. La señora Rivas lloró y al final se persignó. Carlos Perro dio vueltas

nervioso por entre las piernas de la señora Rivas, sin atreverse a acercarse al fondo del patio. También sintió ganas de llorar, aunque no sabía por qué.

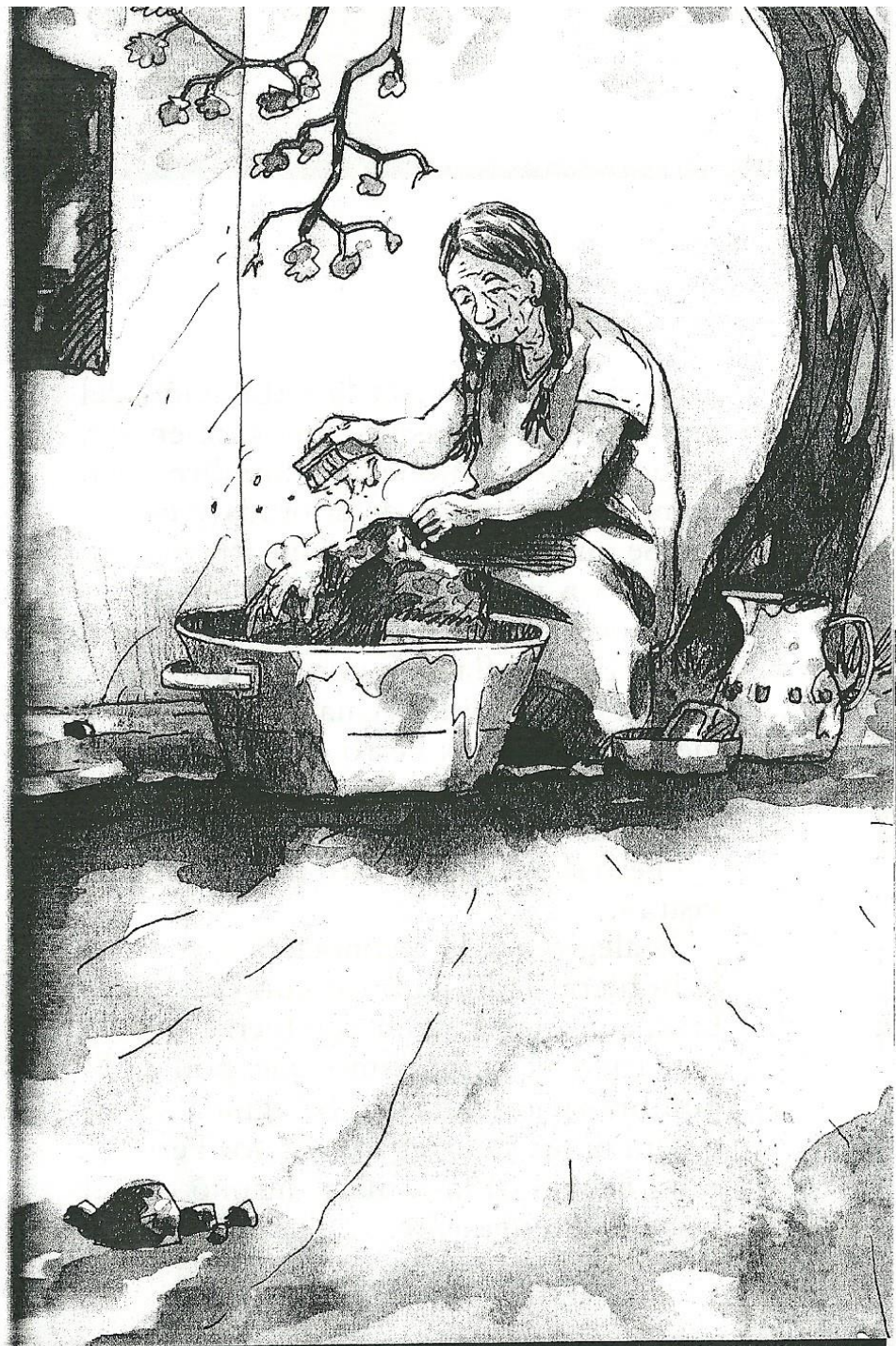
Nunca se atrevió a entrar a la casa de madera de Feliciano, que se quedó en medio del patio. A veces lo escuchaba ladrar, pero era solo su imaginación o algún otro perro en una parcela lejana. Entonces se acercaba al rincón donde estaba enterrado, bajo el cerco, donde el hinojo y la maleza habían crecido rápidamente. Olfateaba el lugar y le parecía que la tierra allí era siempre húmeda y olorosa.

Según Carlos Perro, aquellos días en la parcela del hombre viejo fueron muy diferentes a sus primeros días de vida en el basural al lado del camino. Pero uno fue la excepción de esos momentos felices. La primavera estaba hinchada con colores y aromas de flores, y un aire tibión ahora se encerraba entre los viñedos del otro lado del camino. Ese día la señora Rivas apareció con una tinaja de metal, un cepillo y un jabón. Llenó de agua la bañera. Carlos Perro ni siquiera sospechó lo que venía a continuación. No se dio cuenta de cómo llegó dentro de la tinaja, quedó empapado de agua y jabón y repasado por una escobilla. El agua estaba

fría. Aunque se opuso, lloriqueó y se desesperó, nada pudo hacer ante los dos brazos poderosos de la señora Rivas. Lo único que lo alegró en ese terrible momento fue ver al hombre viejo, generalmente silencioso y triste, reírse con ganas desde la ventana al verlo mojado, friolento y asustado.

Sabía que nada duraría eternamente. Su vida era frágil, apenas sostenida en un mundo desconocido para él. Presintió que algo ocurriría y que todo acabaría.

La señora Rivas estaba preocupada, desde hacía una semana el hombre viejo no se levantaba de su cama y ni siquiera comía, dejaba su plato sobre el velador sin mirarlo. Tosía y se escuchaba un ruido feo y ronco que traspasaba las paredes e intranquilizaba a todos en la casa. Como las noches habían vuelto a ser cálidas, Carlos Perro dormía en un rincón de la leñera que le gustaba porque olía la madera sobrante del invierno. Pero una noche no aguantó y entró por una ventana a la casa. Se paseó por la cocina y se



atrevió a llegar hasta la habitación del enfermo. En el pasillo, antes de entrar, escuchó los pulmones del hombre viejo como una máquina deteriorada y cansada. Se quedó en la puerta sin atreverse ni siquiera a mover la cola. Apenas pudo reconocerlo, su vejez le pareció de mil años. Estaba flaco y con los ojos muy grandes y hundidos. Cuando el hombre viejo vio a Carlos Perro en la puerta del dormitorio, intentó una sonrisa que al final nunca apareció. Al final le dijo:

«Pero si es Carlos Perro el que viene de visita».

Se alegró que lo reconociera y, como si le hubiera dado permiso con esas palabras, comenzó a agitar con fuerza su cola con todo el entusiasmo que podía. El hombre viejo se durmió enseguida sin siquiera notar su arrebató. Carlos Perro se echó debajo de la cama y durmió con él hasta el día siguiente.

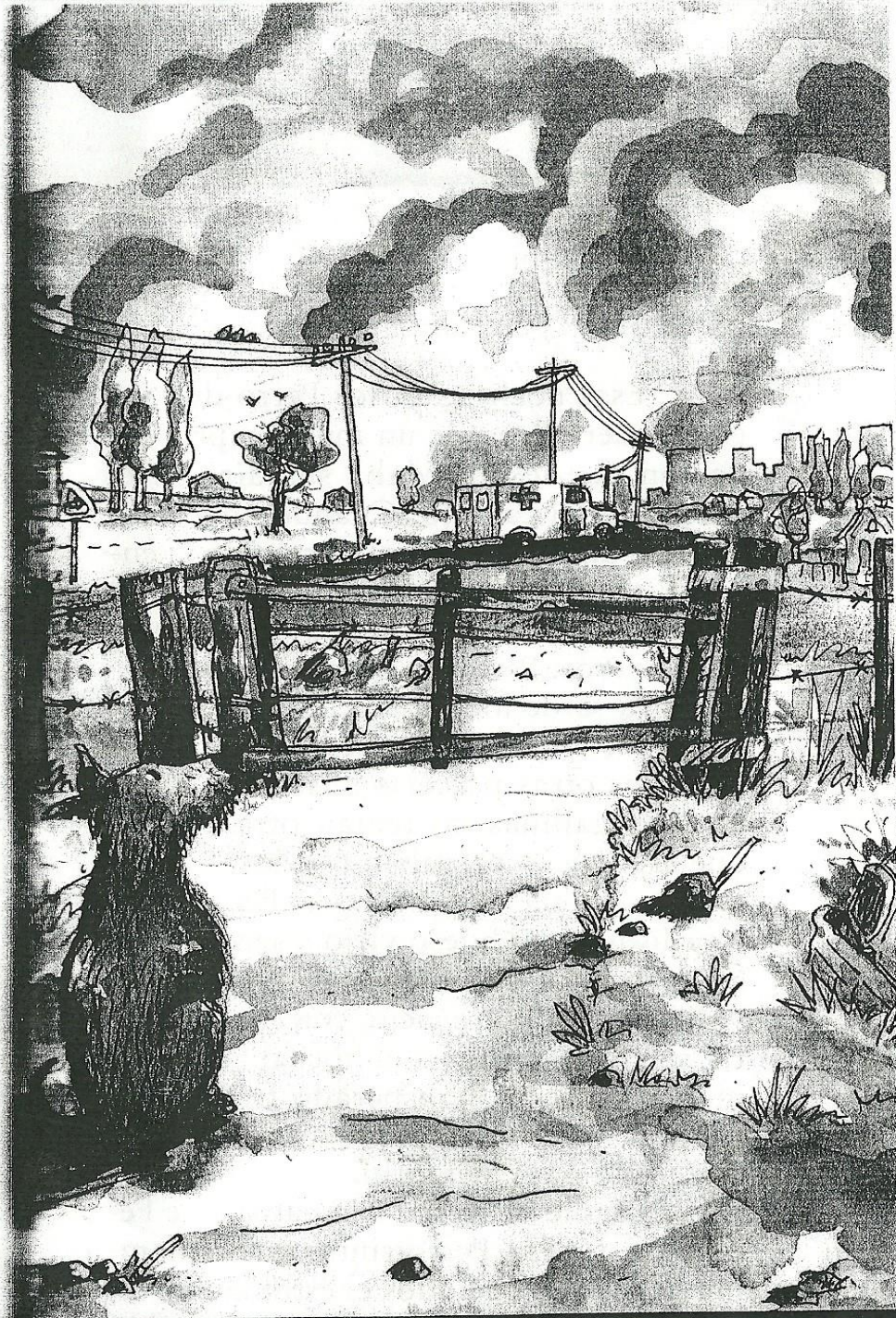
8

Según Carlos Perro, al día siguiente la señora Rivas no salió de la casa. Había un silencio que daba miedo, solo interrumpido por la tos carrasposa del hombre viejo en su dormitorio. Carlos Perro no vio llegar la camioneta blanca que entró por el portón de la parcela echando piedras al lado del camino. Frenó en la puerta de la casa. Las gallinas se movieron inquietas y hasta los gatos se preocuparon. Carlos Perro fue el primero en huir asustado hasta la leñera. Por entre los tablones desclavados vio bajar a dos hombres vestidos de blanco arrastrando una camilla. La señora Rivas recibió con cara de preocupación a los dos enfermeros. Unos minutos más

tarde aparecieron de vuelta en la puerta de la casa. Sobre la camilla descansaba el hombre viejo con los ojos muy tristes, tratando de mirar su casa y el cuadrado verde de su parcela. Todos, incluida la señora Rivas, subieron a la camioneta blanca y salieron por el portón hasta el camino. Carlos Perro escuchó alejarse el ruido del motor, entonces se atrevió a correr hasta la entrada con las orejas sobre los ojos y la lengua colgando. Pero solo vio el camino largo, los árboles, los viñedos de las otras parcelas y en el horizonte los edificios de la ciudad como montañas cuadradas.

42

Ese día y el siguiente fueron de incertidumbre para todos en la parcela. La casa permaneció cerrada y la señora Rivas no regresó a alimentar a los animales. Carlos Perro escuchó ladridos a lo lejos y algunas bocinas de automóviles, pero el resto del tiempo todo fue silencio. Los gatos fueron los primeros en bajar del techo, dieron vueltas hambrientos alrededor de la casa y al tercer día siguieron más allá del cerco sin siquiera mirar



atrás. Esas noches, Carlos Perro durmió en la leñera lleno de un miedo y preocupación que le recordaba sus días en el basurero del camino. Cuando amaneció se fue temprano hasta el portón de la entrada a esperar a la señora Rivas, y se quedó allí con el hocico atravesado entre los maderos. Pero ella no apareció.

44 Por la tarde los gansos también se decidieron, cruzaron la cerca y siguieron hasta las otras parcelas buscando comida. Las gallinas no tenían otra opción que esperar, se paseaban nerviosas adentro de su encierro. Carlos Perro solo mordisqueó un hueso viejo y seco. No se alejó de la casa, quería estar allí cuando volviera el hombre viejo, entonces movería su cola y estiraría el hocico para animarlo, correría desesperado frente a su ventana y realizaría alguna pirueta graciosa solo para alegrarlo.

Pero nadie se acercó a la parcela de Peñalolén. Carlos Perro sintió que el hambre le llenaba de nudos el estómago. Necesitaba comer o se desmayaría. Subió

hasta los atados de leña y desde allí miró por la ventaba el interior vacío de la casa. Sin nadie adentro parecía un lugar diferente. Recordó el invierno recién pasado, protegido en el rincón caluroso de la cocina o debajo de la cama del hombre viejo. Para distraerse se fue a ladrar a las gallinas, pero estas se veían tan débiles que no le prestaron atención y siguieron apretadas unas con otras.

45 Durante esa noche un ruido lo despertó en la leñera, pero el miedo lo inmovilizó. Escuchó claramente las voces de dos hombres que rodeaban la casa. Intentaron abrir la puerta en la oscuridad pero no lo consiguieron. Carlos Perro no se movió, podía haber ladrado pero prefirió cerrar los ojos y esperar. Los dos hombres se acercaron al gallinero, abrieron la puerta y se llevaron en un saco a las gallinas. Luego salieron por el camino discutiendo por lo poco que habían conseguido.

Carlos Perro no pudo dormir el resto de la noche. Antes de que amaneciera había tomado una decisión.

atrás. Esas noches, Carlos Perro durmió en la leñera lleno de un miedo y preocupación que le recordaba sus días en el basurero del camino. Cuando amaneció se fue temprano hasta el portón de la entrada a esperar a la señora Rivas, y se quedó allí con el hocico atravesado entre los maderos. Pero ella no apareció.

Por la tarde los gansos también se decidieron, cruzaron la cerca y siguieron hasta las otras parcelas buscando comida. Las gallinas no tenían otra opción que esperar, se paseaban nerviosas adentro de su encierro. Carlos Perro solo mordisqueó un hueso viejo y seco. No se alejó de la casa, quería estar allí cuando volviera el hombre viejo, entonces movería su cola y estiraría el hocico para animarlo, correría desesperado frente a su ventana y realizaría alguna pirueta graciosa solo para alegrarlo.

Pero nadie se acercó a la parcela de Peñalolén. Carlos Perro sintió que el hambre le llenaba de nudos el estómago. Necesitaba comer o se desmayaría. Subió

hasta los atados de leña y desde allí miró por la ventaba el interior vacío de la casa. Sin nadie adentro parecía un lugar diferente. Recordó el invierno recién pasado, protegido en el rincón caluroso de la cocina o debajo de la cama del hombre viejo. Para distraerse se fue a ladrar a las gallinas, pero estas se veían tan débiles que no le prestaron atención y siguieron apretadas unas con otras.

Durante esa noche un ruido lo despertó en la leñera, pero el miedo lo inmovilizó. Escuchó claramente las voces de dos hombres que rodeaban la casa. Intentaron abrir la puerta en la oscuridad pero no lo consiguieron. Carlos Perro no se movió, podía haber ladrado pero prefirió cerrar los ojos y esperar. Los dos hombres se acercaron al gallinero, abrieron la puerta y se llevaron en un saco a las gallinas. Luego salieron por el camino discutiendo por lo poco que habían conseguido.

Carlos Perro no pudo dormir el resto de la noche. Antes de que amaneciera había tomado una decisión.

46 Según Carlos Perro, su vida pareció detenerse. En la parcela solo quedaba él, dando vueltas aburrido, sin los gatos, los gansos y las gallinas, sin la señora Rivas y el hombre viejo. Cuando el hambre comenzó a producirle dolor en el estómago, se acercó tímidamente al camino buscando entre la basura y la acequia, muy cerca de donde había nacido. Se alejó del portón de la entrada, pero cuando se acordó regresó corriendo al patio que conocía tan bien.

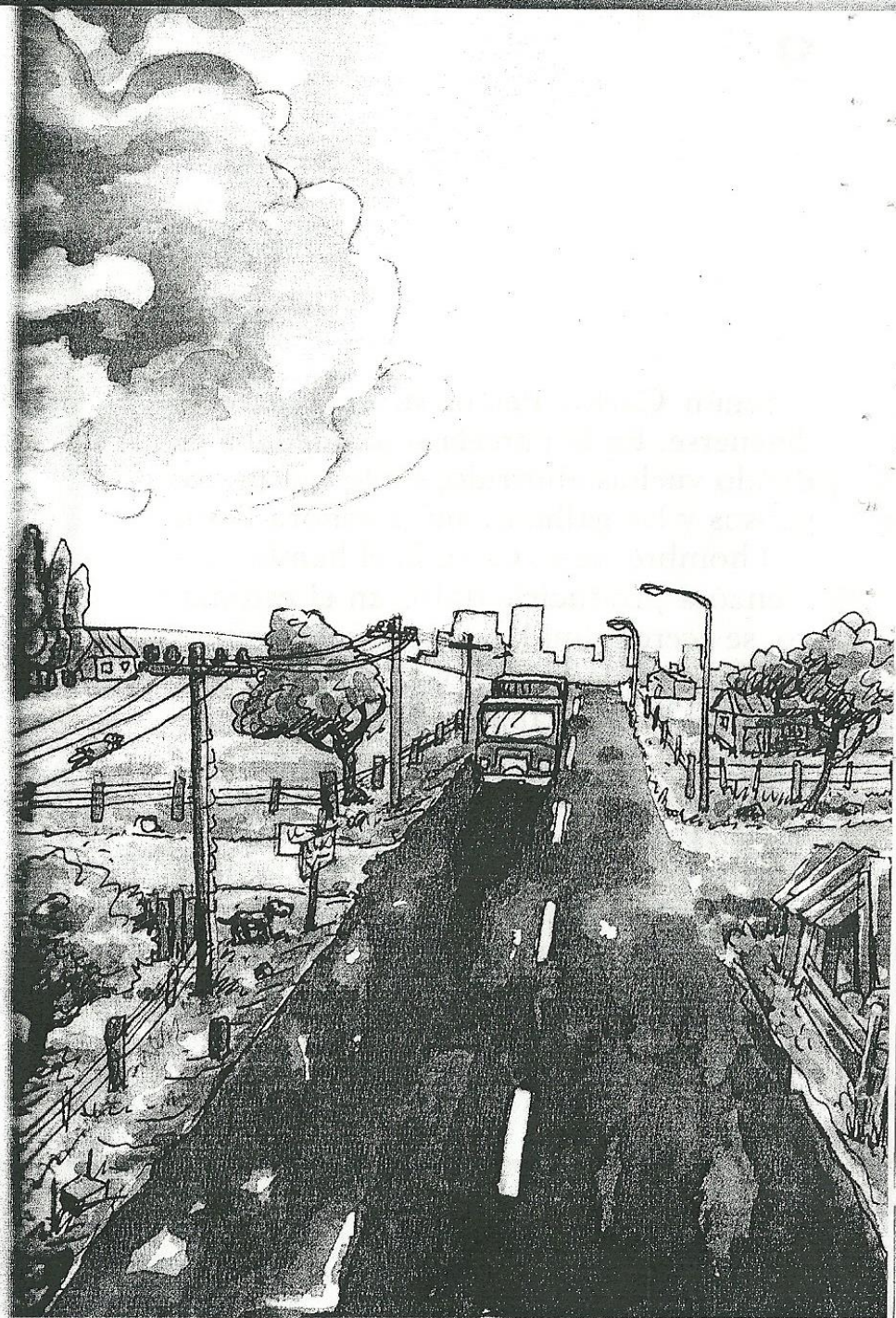
Al inicio del quinto día tomó la decisión más importante de su vida: si no regresaba el hombre viejo entonces él lo buscaría y lo convencería de regresar a

vivir a la parcela. De pasada ambos convencerían a la señora Rivas para que volviera a trabajar, a cocinar sus guisos y a hablar sin parar. Carlos Perro dio un ladrido ronco para darse valor y avanzó con un trotecito inseguro más allá del portón. Desde allí miró por última vez la casa de la parcela. Caminó por la línea de asfalto que no parecía terminar. Estaba atento a todo lo que veía, a los viñedos interminables y a los cercos de las otras parcelas. Siguió con la cabeza levantada, marcando el paso con el movimiento de su cola.

47 El camino, que creía interminable, acabó más adelante cruzado por otro que bajaba. Miró hacia atrás y el portón de la parcela pareció un punto lejano. En la intersección observó hacia ambos lados. Mientras pensaba la dirección que elegiría, sin que él se diera cuenta, aparecieron dos automóviles bajando el camino, haciendo rugir los motores a una velocidad increíble. La impresión fue tan grande para Carlos Perro que quedó hundido

en el pasto de la berma*, convertido en una piedra temblorosa. Sus pesadillas se hicieron realidad. Pero estaba decidido a continuar. Respiró profundo y siguió hacia abajo con pasitos tímidos. A cada rato miraba el camino cuidándose de los automóviles que bajaban o subían. Uno de esos automóviles, sin ningún motivo, hizo sonar su bocina cuando pasó a su lado. Carlos Perro brincó asustado, cayendo en una acequia seca y sucia. Permaneció allí, con la cola entre las piernas, sollozando pero no vencido.

Caminó durante media hora hasta que los viñedos desaparecieron y también el camino de bajada. Al frente se encontró en un lugar extraño y horrible: las calles de la ciudad y los automóviles bocinando y acelerando. El ruido era tremendo para Carlos Perro, acostumbrado al silencio de la cordillera en Peñalolén. Se sentó angustiado, sin saber si continuar o regresar.



50 Según Carlos Perro, la ciudad le impresionó. Algo había oído decir a la señora Rivas, pero todo ahora le pareció enorme, laberíntico e inesperado. Avanzó hacia el norte por una avenida larga y diagonal, paralela a un canal correntoso* y sucio que se dirigía al centro de la ciudad. Caminó por el terraplén que sostenía el canal, mientras abajo en la calle corrían frenéticos los automóviles y los buses amarillos. Se cruzó con gente que en nada se parecía al hombre viejo o a la señora Rivas.

Después de caminar cuarenta minutos se sintió cansado. Se sentó a esperar en un cuadrado de pasto que bajaba por el

terraplén hasta la calle. Al frente jugaban fútbol en una cancha de tierra. Carlos Perro se entretuvo mirando a los hombres correr con una pelota en sus pies. El hambre, el cansancio y las emociones del viaje lo hicieron dormirse en el pasto.

Se despertó cuando un hocico húmedo lo olfateó. Carlos Perro saltó asustado, doblado como un alambre antes de volver a quedar sobre sus cuatro patas. Un perro lanudo estaba frente a él. No era muy grande y parecía inofensivo. Intentó componerse, pero el lanudo simplemente se dio vuelta y siguió su camino. Carlos Perro lo siguió a cierta distancia, esperando que lo llevara donde al menos existiera comida. El lanudo pareció indiferente, olfateaba a cada rato el suelo y no se preocupaba de mirar hacia atrás. Con habilidad bajó del terraplén y cruzó la calle en una esquina. Carlos Perro no tenía otra oportunidad, cerró los ojos y lo siguió. Escuchó las bocinas de los automóviles y sus neumáticos rayando el pavimento. Pero consiguió llegar al otro lado.

Al frente de una gasolinera comenzaba una calle ancha, que ese día ocupaban los feriantes para instalar puestos de frutas y verduras. Otros locales vendían ropa usada, tostadores de lata, encendedores para la cocina, cassettes, discos y libros. Por entre los puestos, la gente del barrio se paseaba comprando y cargando sus bolsas. El perro lanudo llegó frente a una mujer gorda que vendía tomates. La saludó con un ladrido y la gorda le respondió como si lo conociera. Revolvió una olla debajo de un cajón y le dejó un hueso en el borde de la vereda. El lanudo se acomodó y comenzó a comer. Carlos Perro lo observó mientras sus tripas hacían ruidos extraños, como cañerías de agua en verano. Cuando el lanudo terminó de comer, Carlos Perro pudo mordisquear los restos que quedaron en la vereda. El lanudo siguió recorriendo la feria seguido por Carlos Perro. A cada rato se detenía y ocurría lo mismo: algún tendero lo reconocía y le dejaban restos de comida en la vereda. El lanudo ni siquiera

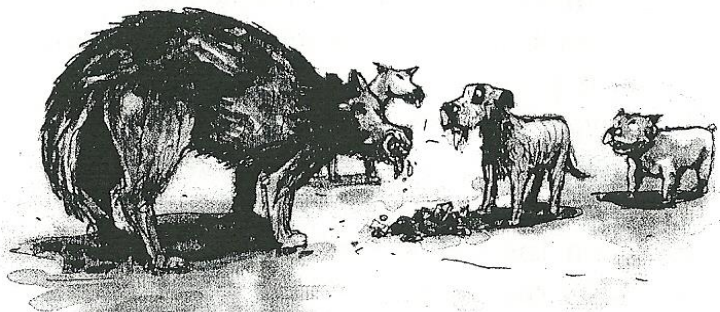


agradecía, solo comía. Mientras tanto, Carlos Perro sufría, su estómago le ardía como si llevara una fogata adentro. Al final lograba masticar lo que el lanudo despreciaba. Cuando terminaron el largo recorrido de la feria, el lanudo se echó en el pasto de una placita desgastada, al lado de unos bloques de edificios bajos. Desde las ventanas escucharon la música de distintas radios encendidas. La música mezclada y el hambre lo adormecieron lentamente. Durmió escuchando de fondo los motores de los automóviles, los gritos y voces de hombres y mujeres cerca de los puestos de la feria. Solo entonces, antes de dormirse, Carlos Perro se dio cuenta que estaba en la ciudad:

11

Según Carlos Perro, al despertar esa tarde en la placita, el lanudo había desaparecido. Pero ahora sabía como conseguir comida. Solo necesitaba constancia y entusiasmo. Pero los feriantes tampoco estaban y la calle, antes cubierta de tendidos y de gente comprando, ahora estaba desierta y sucia. Solo algunos perros recorrían entre la basura. Carlos Perro se acercó a los que escarbaban indiferentes entre los restos de pescado y hielo esparcido en la calle. Movié su cola con timidez, pero ninguno pareció interesarse en él. Lo intentó con unos saltitos que creía graciosos y amistosos, pero ninguno de los perros vagos le prestó atención y si-

guieron ocupados en olfatear entre las viseras de los pescados. Se acercó tímidamente donde algunos comían las colas de pescados. Esperó pacientemente su turno con la boca todavía dura de hambre. Acercó su hocico pardo y blanco, pero no alcanzó a llegar más allá. Uno de los



perros, con una cicatriz que le bajaba por la oreja hacia la frente, lo atacó. Carlos Perro sintió los dientes que le atraparon una de sus piernas y lo sacudieron. El dolor fue tremendo. Los perros entonces se abalanzaron contra él. Rodó por el suelo pisado y mordido en las patas y las

orejas. Logró arrastrarse huyendo por la vereda, aullando con miedo. Los perros no lo siguieron y, como si nada hubiera pasado, volvieron indiferentes a ocuparse de olfatear la basura. Carlos Perro corrió desesperado por un pasaje interior. Una cuadra* más adelante se detuvo debajo de un árbol. Estaba herido, le sangraban dos de sus patas y el pelo lo tenía desordenado y mordisqueado. Todo el cuerpo lo sentía dolorido, como si le clavaran agujas. No podía dar un paso más y el calor del sol lo mareó debajo de la sombra del árbol. Escuchó algunos ladridos al final de la calle y como creyó que venían por él, se arrastró por entre las tablas rotas de un cerco. Al otro lado encontró un patio estrecho, con el césped muy corto y oloroso. Enseguida eligió un rincón donde crecía un rosal que se parecía a su vieja hoja gigante en la parcela. Allí, debajo y oculto, escarbó en la tierra y se echó, tratando de calmarse. Sentía su cuerpo dividido en pequeños pedazos y le faltaba el aire. No se movió hasta

que oscureció. Lo único que deseaba era regresar a la parcela, a su casa. Entre las ramas del rosal vio encenderse las luces de la casa, pero no se interesó en lo que ocurría adentro. Se durmió, pero en mitad de la noche despertó asustado y con fiebre, las heridas en el cuerpo le palpitaron dolorosamente. La noche estaba fresca y despejada. A lo lejos escuchó las voces en un televisor y gente que no dejaba de reírse y de hablar. Pensó que entre esa gente la señora Rivas estaría feliz, hablando y riéndose. Entonces la fiebre le hizo perder el conocimiento. Más tarde, al amanecer, soñó con el hombre viejo y sus paseos cuando terminaba la tarde. Recordó su rostro de viejo, siempre en silencio. Soñó que lo llamaba por su nombre. «Ven para acá, te estoy esperando», le decía. Cuando despertó había amanecido.

12

Según Carlos Perro, escondido bajo el rosal, en ese patio extraño creyó que se moriría. Entonces sintió una mano tibia sobre su cabeza, una mano con cinco dedos muy redondos y gordos. Pensó entonces que la muerte tenía así los dedos, suaves y calientes, pero al abrir los ojos vio que la mano era la de un niño que le sonreía amistosamente. Como hacía tantos días que nadie le sonreía, le dieron ganas de llorar de emoción. Se levantó con las últimas fuerzas que le quedaban. Se desenredó de las ramas y cuando estuvo al descubierto comenzó a mover su cola, pero no duró mucho, perdió energía y se derrumbó en el suelo a los pies

del niño. El niño corrió a la casa y regresó con todo lo necesario para curarlo.

Aunque las vendas y la limpieza de la herida no fueron las mejores, Carlos Perro enseguida comenzó a recuperarse. Cojeaba de su pata trasera y el hinchado de los mordiscos cedió poco a poco. Unos minutos después el niño volvió con una olla vieja y destartalada en las manos. Dentro traía las sobras del almuerzo del día anterior con pan remojado. Carlos Perro no podía creerlo cuando el niño dejó la olla en el suelo. El olor de la comida lo arrebató de felicidad. Hundió el hocico y devoró todo con tantas ganas que le dolió la mandíbula. Cuando terminó de limpiar el fondo de la olla con su lengua, no se podía mover, el estómago le caía inflado como un globo.

El resto del día, mientras el niño estaba en la escuela, descansó escondido debajo del rosal. Por la tarde, una mujer salió al patio y con una cara no muy amistosa le dijo desde la puerta:



«No te acostumbres porque no te vas a quedar mucho tiempo aquí».

Carlos Perro no tuvo tiempo siquiera de mover la cola. La mujer se dio vuelta y volvió a entrar a la casa.

Al día siguiente, el niño le contó que la mujer era su madre. A ella no le gustaban los perros ni ningún otro animal. Ese día, Carlos Perro pudo moverse, se sintió mucho mejor, hasta intentó correr para jugar con el niño. Le demostró lo rápido que era dando saltitos graciosos que lo hicieran reír. Nunca antes, ni con los gatos de la parcela, Carlos Perro había jugado tanto, hasta quedar agotado. Podía haber seguido pero la madre abrió la puerta del patio y le gritó a su hijo que era hora de entrar a la casa y dejar tranquilo a ese perro vago.

Esa noche, durmiendo bajo el rosal, Carlos Perro volvió a sentir miedo. Sabía que no podría quedarse mucho tiempo en esa casa.

13

Según Carlos Perro, el día siguiente llegó más primaveral, oloroso, y con un sol tibión que daba gusto. Antes de irse a la escuela, el niño apareció por el patio y le dejó una olla con comida, con dos huesos enormes que lo entretuvieron toda la mañana.

Al mediodía entró al patio un hombre delgado. Sin esperar y sin interesarse en Carlos Perro, comenzó a trabajar cortando el pasto, arrancando la maleza y podando unos árboles tan flacos como él. Siguió su trabajo con un cigarrillo pegado en los labios. También a Carlos Perro dejó de interesarle y volvió a sus huesos. Cuando el hombre flaco terminó su trabajo en

el patio, apareció la madre del niño. Carlos Perro no los oía, pero entendió que hablaban de él y un presentimiento nada bueno le hizo esconderse debajo del rosal. El jardinero asintió con la cabeza, se guardó en el bolsillo algunos billetes que le entregó la madre y reunió sus herramientas. Estiró una mano por entre el rosal, atrapó a Carlos Perro por el cuello y lo echó adentro de uno de los sacos que olía a papas* podridas y a pasto recién cortado. Adentro, Carlos Perro entendió que no podía hacer nada y se repitió a sí mismo que todo era culpa de su mala suerte. Escuchó al jardinero silbar mientras caminaba cargándolo. Por entre el tejido del saco distinguió que llegaban al terraplén de tierra, al lado del canal y de la avenida ancha. Vio que el hombre se acercaba al canal de agua sucia. Quiso aullar adentro del saco, pero solo alcanzó a quejarse con un silbido sin aire. No podría escapar, no encontraría al hombre viejo ni a la señora Rivas y no volverían nunca a la parcela con los otros animales



a vivir tranquilo y feliz. Escuchó muy cerca el ruido del agua y sintió miedo. Cerró los ojos y esperó que todo acabara. Pero el jardinero desató el nudo del saco y Carlos Perro asomó la cabeza. En la orilla del canal se levantaba una casa con cartones y maderos, apretada a un bloque de cemento. Era una casa pobre, con las paredes de madera dobladas por el agua y el sol. Cuando Carlos Perro se dio cuenta de que no moriría ahogado en el canal, intentó dar las gracias moviendo su trasero pardo blanco, pero antes el hombre flaco lo detuvo y le dijo:

«Por esta vez te salvaste, pero no te quiero ver más por aquí».

Enseguida le arrojó una piedra que pasó muy cerca de su cabeza. Carlos Perro corrió y no dejó de hacerlo hasta que sintió palpar su pierna herida.

Avanzó por el terraplén al lado del canal. Entonces tomó una decisión: regresaría a las parcelas de Peñalolén.

Según Carlos Perro, su nueva decisión lo llenó de felicidad y entusiasmo. Regresaría a casa sin importar lo que sucediera. Caminó por el terraplén al costado del canal. Sabía que debía seguir esa dirección y encontraría el camino de regreso. Después de media hora buscó la sombra de un árbol en la avenida y durmió esperando que bajara el calor de la tarde.

Lo despertó un dolor en el cuello. Instintivamente intentó huir creyendo que tenía una pesadilla. Pero un cordel le rodeó el cuello y no lo dejó respirar. Dos hombres se acercaron. Le atraparon por las orejas y la cola. Sin decir nada, como

si cargaran basura, lo subieron a una camioneta cerrada. Todo fue tan rápido que Carlos Perro apenas se dio cuenta. Adentro de la camioneta encontró, apretados, a otros perros vagos que se quejaban o ladraban. Algunos daban mordiscos de miedo y se quejaban. Carlos Perro sintió ganas de llorar. Intentó esconderse en un rincón, entre patas y colas. El viaje pareció muy largo. La camioneta daba vueltas, a veces se detenía y enseguida otro perro caía adentro haciendo más irrespirable el lugar. Cuando se abrió por fin la puerta, los perros bajaron asustados. Pero abajo no encontraron la calle. En su lugar los condujeron a una jaula sucia que olía muy mal, con el piso de tierra y madera. Adentro otros perros se paseaban nerviosos. Era inútil intentar salir de allí. En la galería se veían más jaulas y perros que ladraban dando la bienvenida a los nuevos. Arriba de las jaulas de alambre un letrero indicaba: «PERRERA MUNICIPAL»; pero ni Carlos Perro ni los demás sabían leer y



no se enteraron de que ese era el lugar donde estaban.

Los primeros días fueron los más difíciles, sobre todo por los demás perros, inquietos por el encierro. Las peleas se repetían a cada rato y hasta Carlos Perro recibió mordiscos en el lomo o en la cola. Entonces trataba de esconderse en un rincón, alejado del resto, sin molestar a nadie, pero era imposible no participar cuando las peleas se generalizaban. El momento más difícil ocurría por las mañanas cuando un empleado pasaba por fuera de las jaulas con la comida, la única del día. La vaciaba en el borde de la canaleja. Entonces comenzaban las peores peleas disputándose la comida.

Por la noche, a veces, un perro triste y desesperado comenzaba a llorar porque no aguantaba el encierro, entonces lo seguían los demás y toda la perrera aullaba como un coro en una iglesia. Carlos Perro aprovechaba y lloraba con ellos.

15

Según Carlos Perro, ese encierro en la perrera debió ser la peor época de su vida. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. Si alguien le hubiera preguntado, él no hubiera sabido que responder. Solo quería regresar a su hogar en las parcelas e intentar reconstruir su vida. Esa era su gran verdad, que nadie quería escuchar.

En la perrera lo cambiaban constantemente de jaulas. Llegaban y se iban, pero Carlos Perro permanecía. Nadie sabía qué ocurría con los que se iban, que generalmente eran los enfermos y más viejos.

Carlos Perro se acostumbró a su vida de encierro. También aprendió a pelear

por su comida y su rincón. No tenía amigos allí porque no existían los amigos en ese lugar. Cada perro cuidaba su lugar y su comida.

Así acabó el verano y un viento frío se dejó caer entre las jaulas. Él recordó el mismo viento en las parcelas. Cuando llegó el invierno en la perrera sintió más que nunca la nostalgia por su antigua casa. Recordó cuando el hombre viejo lo dejó entrar por primera vez a la casa y durmió feliz cerca de la cocina que olía a madera verde y a los sancochados de la señora Rivas. En cambio, el invierno en la perrera fue frío y desagradable. Muchos perros enfermaron y murieron. Se terminaron las peleas en las jaulas y todos se apretaban unos con otros para calentar sus cuerpos.

Cuando llegó otra vez la primavera, también llegó el aburrimiento. Carlos Perro había crecido y su piel era más oscura. Se sentía más fuerte que nunca y no le temía a los perros más grandes que él. Solo entonces pensó en escapar. Había



visto en esos meses a algunos perros hacerlo saltando los cercos. Eran perros ágiles y algunos, con suerte, lo lograban. A otros los capturaban y volvían golpeados a las jaulas. Carlos Perro peleó por la comida. Necesitaba estar muy fuerte para saltar los cercos de alambres de las jaulas, que eran varias veces su estatura.

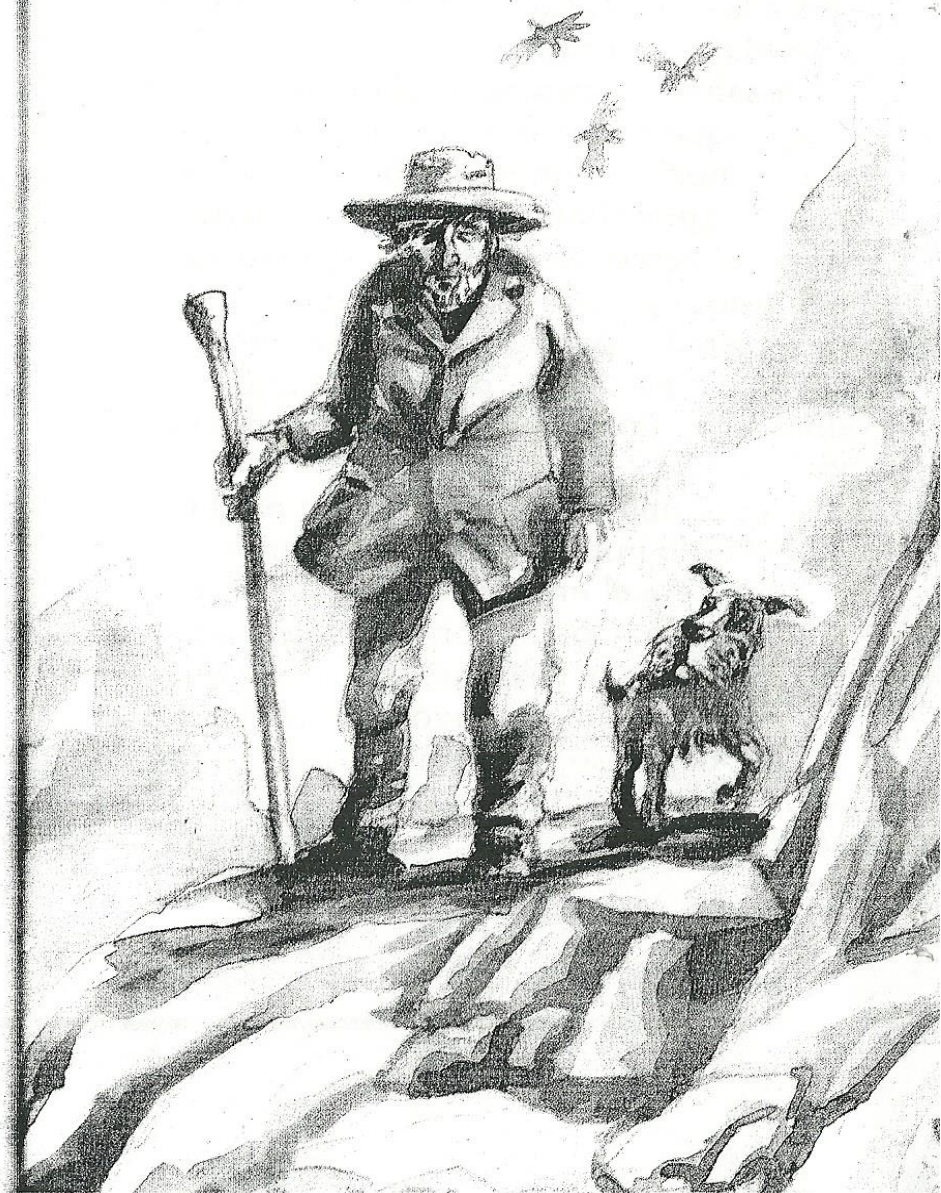
Una noche lo intentó. Mientras los perros se apretaban en un rincón corrió y trepó el cerco de alambres. Quedó suspendido, rasguñó desesperado, alcanzó hasta arriba pero su fuerza se agotó y cayó encima de dos perros que aullaron doloridos. Los siguientes días se preparó mejor.

Esperó una noche muy oscura para intentarlo de nuevo. Sabía que lo más importante era el impulso inicial, de eso dependía todo. Corrió por la estrecha jaula y trepó el cerco, cuando llegó arriba quedó colgado. Se sostuvo un momento arriba, descansó y con las patas traseras logró rasguñar el alambre que lo impulsó hasta el otro lado. Inmediatamente

todos los perros comenzaron a ladrar. La perrera entera pareció que se despedía de Carlos Perro. Pero él no miró hacia atrás. Corrió por los patios, saltó cercos, hasta que los ladridos se alejaron y él se perdió en la noche.

76 Según Carlos Perro, a la mañana siguiente estaba en la calle, otra vez libre. A cada rato miraba hacia atrás preocupado de que lo siguieran para encerrarlo de nuevo. Hacía casi un año había abandonado la parcela buscando al hombre viejo. Durante ese tiempo dejó de ser un cachorro y se convirtió en un perro joven y fuerte. Lo único que deseaba en ese momento era dejar la ciudad y volver a su hogar. Se dio cuenta de lo difícil que le resultaría encontrar el camino de regreso.

Esa noche durmió en la puerta de un almacén. Soñó que subía a la cordillera junto al hombre viejo, quien parecía joven y sano. Cada vez veía más alta y grandiosa



la pared montañosa y el aire era más fresco y frío. Cuando despertó tuvo una sensación de alivio. Sabía lo que debía hacer para regresar.

Recorrió los patios y calles más despejadas, hasta que encontró una amplia cancha de fútbol. Desde allí, con la vista en el horizonte, encontró lo que buscaba: la cordillera de los Andes. A sus pies debían estar las parcelas de Peñalolén. Se grabó muy bien en la cabeza la dirección y comenzó a caminar.

Todo el día caminó en dirección a oriente, hacia la cordillera. A veces se perdía, pero luego volvía a encontrar los penachos pardos de la montaña arriba de los techos de las casas. Solo se detuvo a escarbar un basurero donde encontró algo de comida y siguió su marcha. También vigilaba los automóviles de la calle para evitar la camioneta de la perrera.

Por la noche durmió en una plaza debajo de un matorral que olía muy bien. Al día siguiente siguió su camino, siempre en la misma dirección. Tenía hambre, pe-

ro no le importaba. Una mujer, en un mercado de flores, le arrojó un hueso todavía tibio del almuerzo. Carlos Perro no tuvo tiempo de agradecerse. Como el día anterior, caminó hasta que oscureció. Estaba cansado. Le dolían las patas y la cabeza le pesaba. Se echó a dormir en un pastizal de un sitio abandonado. Como estaba tan cansado no pudo soñar nada y durmió profundamente hasta el día siguiente. Despertó cuando el sol comenzó a quemarle la cara. Cuando abrió los ojos se quedó un momento inmóvil. Levantó sus orejas para escuchar. Sobre el ruido de los automóviles y las bocinas, escuchó un rumor pequeñito que conocía muy bien. Saltó el cerco del descampado, cruzó la calle y se encontró con la avenida ancha y el terraplén junto al canal que bajaba produciendo el ruido tranquilo de las aguas. Desde ahí conocía el camino de regreso y sin esperar ni un minuto comenzó a caminar.

Según Carlos Perro, el regreso no fue difícil. Encontró el camino de subida hacia los cerros. Pasó por la orilla de los viñedos. Detrás de él quedó el rumor de la ciudad y por delante escuchó solo los árboles y los pájaros.

El corazón se le infló como un globo cuando tropezó con el camino recto. Entonces caminó lentamente. El paisaje había cambiado. En algunas parcelas levantaban nuevas construcciones y las ocupaban con poblaciones de casas blancas todas iguales, repetidas y ordenadas.

Reconoció los portones. Cuando llegó frente al portón de su casa, levantó las orejas y abrió los ojos. No estaba igual



que antes. Algunos hombres trabajaban reparando y pintando. Habían derribado el gallinero y la leñera parecía reconstruida. Los pastos y yuyos de todo el patio estaban recortados y el lugar muy limpio. No estaba el rincón donde él se escondía debajo de la hoja gigante ni los hierros del automóvil abandonado. Se acercó lentamente, inclinando la cabeza a un lado y a otro para mirar mejor. Se quedó en medio del patio sin saber qué hacer. No le importaría lo que ocurriera a continuación porque estaba de regreso en su casa.

Entonces lo vi yo desde mi ventana. Dejé de escribir y salí al patio. Lo observé de pie en la puerta. Carlos Perro también me miró durante varios minutos y ninguno de los dos hizo nada, solo nos observamos. Hacía muy poco había comprado esta casa retirada del ruido y el ajetreo insoportable de la ciudad, para poder descansar, leer, pensar y escribir. El lugar me pareció ideal, con la cordillera de fondo y su impagable tranquilidad. Más adelante,

poco a poco, se irían poblando las parcelas, pero por ahora todavía era un lugar agradable para vivir. Por eso estaba allí.

Entonces, cuando intenté regresar a mi trabajo en el interior de la casa, Carlos Perro de pronto estiró su cuerpo pardo con manchas blancas, dejó caer sus orejas hacia atrás y comenzó a mover su cola como una hélice desbocada.

GLOSARIO

- Berma:** Arcén, parte transitable al borde de la carretera.
- Cedrón:** Planta con propiedades medicinales, originaria de Perú.
- Chiflón:** Corriente suave de aire.
- Correntoso:** De curso rápido y torrencioso.
- Cuadra:** Manzana, espacio de una calle comprendido entre dos esquinas.
- Matico:** Planta de América meridional que se usa como astringente.
- Orillar:** Bordear, esquivar.
- Papa:** Patata.
- Parrón:** Emparrado.
- Pirca:** Muro construido con piedras.
- Quebrada:** Paso estrecho entre las montañas.
- Quila:** Especie de bambú.

Sancochado: Guiso consistente en restos de comidas mezcladas.

Yuyo: Planta herbácea de hojas grandes, muy común en los escombros.

Índice

CAPÍTULO 1	7
CAPÍTULO 2	14
CAPÍTULO 3	18
CAPÍTULO 4	23
CAPÍTULO 5	27
CAPÍTULO 6	32
CAPÍTULO 7	37
CAPÍTULO 8	41
CAPÍTULO 9	46
CAPÍTULO 10	50
CAPÍTULO 11	55

CAPÍTULO 12	59
CAPÍTULO 13	63
CAPÍTULO 14	67
CAPÍTULO 15	71
CAPÍTULO 16	76
CAPÍTULO 17	80
CAPÍTULO 18	84
GLOSARIO	87

Escribieron  y dibujaron...



a mi automóvil y me iba hacia los pies de la cordillera, un gran telón de fondo donde acaba la ciudad donde correr y respirar aire más puro, entre pequeñas parcelas y caminos vacíos. Una mañana escuché, al lado del camino, entre la basura, el llanto de un cachorrito de perro friolento y hambriento, cubierto de garrapatas. Cuando lo levanté, me di cuenta de que estaba enfermo, y que probablemente lo habían abandonado por ello. Lo llevé a un veterinario, lo lavamos, desparasitamos y lo llevé a vivir conmigo. Desde un principio lo llamé solo «Perro». A él pareció encantarle el apellido, a veces le agregaba nombres como Carlos, Juan o Eugenio, pero al final terminaba solo con: Perro. Al siguiente mes engordó, parecía bastante alegre y juguetón, pero luego volvió a enfermarse irremediablemente.

Una mañana, mientras corría, se me ocurrió que debía contar la historia de Carlos Perro, por supuesto algo cambiada de la real, para que nunca se me olvidara que lo había tenido conmigo.



Agustín Comotto



Agustín Comotto nació en 1968 en Buenos Aires. En 1982 comenzó a trabajar realizando cómics para revistas locales de su ciudad natal, y

en 1993 realiza ilustraciones para diversas editoriales argentinas. En 1999 se traslada a España, donde sigue con su labor de ilustrador. ¿Ha tomado como modelo a algún perro que conozca a la hora de hacer las ilustraciones?

—Sí, en casa tenemos un perro adoptado de la calle. Creo que la historia encajaba muy bien con Colo, que es como se llama nuestro perro.

—*¿Su origen latinoamericano le ha servido para comprender mejor la historia, ambientada en Chile, y por tanto interpretarla mejor?*

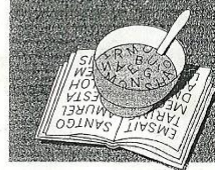
—No estoy seguro en cuanto a cómo contar la historia, pero sí en lo referente a la localización. Hace



muchos años estuve en Santiago de Chile y los alrededores y de alguna manera he utilizado el recuerdo para ambientar la historia. Creo que la miseria y la pobreza son azotes de índole universal y cualquiera puede comprender la historia de Carlos Perro más allá de dónde haya nacido.

—¿Le ha parecido un libro fácil o difícil de ilustrar?

—Bastante difícil ya que la historia, pese a tener un final de esperanza, es muy desgarradora, al punto de obligarme a modificar sensiblemente mi manera de dibujar, que normalmente es con otros materiales y técnicas. Podría decirse que me sumergí en el mundo de Carlos Perro.



A PARTIR DE 8 AÑOS

Mi primer libro
de poemas

Los traspés
de Alicia Paf

Cuentos para
todo el año

Nube y los niños

Charly, el ratón cazagatos

El palacio de papel

Los negocios del señor
Gato

La aventura del Zorro

A la rueda, rueda...

La casa de los días

Las cosas de Berta

Mitos